

La copa rota (*)

(monólogo cómico)

por

Javier Rey de Sola

(*) Basado en el bolero homónimo de Benito de Jesús.

El bolero

Aturdido y abrumado por la duda de los celos
Se ve triste en la cantina a un bohemio ya sin fe
Con los nervios destrozados y llorando sin remedio
Como un loco atormentado por la ingrata que se fue.
Se ve siempre acompañado del mejor de los amigos
Que la acompaña y le dice ya está bueno de licor,
Nada remedia con llanto, nada remedia con vino
Al contrario, la recuerda mucho más tu corazón.
Una noche como un loco, mordió la copa de vino
Y le hizo un cortante filo, que su boca destrozó
Y la sangre que brotaba, confundióse con el vino
Y en la cantina este grito a todos estremeció.
No se apure compañero si me destrozo la boca
No se apure que es que quiero con el filo de esta copa
Borrar la huella de un beso, traicionero que me dio.
Mozo, sírveme la copa rota
Sírveme que me destroza, esta fiebre de obsesión.
Mozo, sírvame, la copa rota
Quiero sangrar gota a gota el veneno de su amor.
Mozo, sírveme, la copa rota.

La verdad sobre el bolero

ACTOR: (Se muestra como sugiere la canción: desastrado, hundido y corte en la boca. Al público.) Un bolero encantador... Aunque lo de morder la copa (se palpa con precaución la herida) les habrá parecido excesivo y melodramático... Estaba desesperado, lo confieso... Pero no de la manera que suponen... (Suspira.) Es posible que les interese mi versión, que difiere sustancialmente de lo que acaban de oír... (Se aclara la garganta.) Cuando una mujer se aferra a uno, es muy difícil quitársela de encima... (Escudriña al público.) Observo que varios de ustedes conocen la experiencia... Fastidiosa, ¿no es cierto...? (Avieso.) Mi historia les puede ser de utilidad... (Evocando.) La conocí en un bar, la cantina del bolero... Generalmente, perdonen mi cinismo, no me duran más allá de alguna noche... Pero en este caso... Sin duda, me pilló con la guardia baja... (Pesaroso.) Antes de que me diera cuenta, se mudó a mi apartamento... Al principio, me hizo gracia... Puso algo de orden en mi vida: ya saben, las camisas planchadas y todo eso... Pero al cabo de unos meses, comprendí mi error... ¡Había caído en una trampa, precisamente aquella que había evitado con el mayor escrúpulo hasta el momento...! Una mujer, lo que nunca pensé que sucediera, me había atrapado... Me alarmé... O hacía algo, ¡y rápido!, o ya podía despedirme por los restos de mi secuestrada independencia... Comencé a actuar... Indirectas, desvíos, todo inútil... Descubrí que era genéticamente incapaz de indisponerse... Cualquier cosa que dijera o hiciera yo, la tomaba por el lado bueno... Aunque fueran verdaderos desafíos a la paciencia, y de éstos hubo infinidad, se lo aseguro... El primero, cuando de manera calculada la obligué a prepararme una tortilla de patatas al filo de las cuatro de la madrugada, sacándola literalmente de la cama... Ella, un poco aturdida -la había arrancado de su mejor sueño-, se encerró sin una sola protesta en la cocina, donde la oí trajinar hasta que, al cabo de un buen rato, me presentó la tortilla de marras, que devoré en su totalidad, sin convidarla -también lo hice a propósito-, bajo su melosa y tierna mirada... Su conformidad me dejó más que perplejo, pero concluí que sería cuestión de insistir en la

misma línea... Mis demandas gastronómicas se hicieron, no más intempestivas, que esto era difícil, pero sí más sádicas, más arbitrarias... Exigí comida china, francesa, tailandesa... ¿Existía la cocina tailandesa...? Descubrí que sí... Ante el fogón, hacía ella auténticos milagros, sin el mínimo reproche y sin torcer el gesto... ¿De dónde le venía tan ingente sabiduría culinaria...? Tuve un conato de pánico... Lo dominé, convencido de que me era necesaria la mayor presencia de ánimo, si quería sacudirme la feroz e invisible cadena... Como es lógico, engordé, eché barriga, papada... Hube de cambiar mi guardarropa porque el antiguo se me había quedado estrecho... En este aspecto, ¡también!, ella me prestó su concurso... Siempre he vestido con cierto gusto –no se engañen con mi aspecto actual-, pero, en adelante, paseé de su brazo como un dandi, bien es verdad que considerablemente más obeso... Lucí los mejores ternos, corbatas, zapatos... Yo jamás hacía ademán de pagar en las tiendas... A ella, lejos de importarle, le gustaba... Los dependientes me miraban con extrañeza... Por mi parte, estaba cada vez más desmoralizado... Mi estrategia de humillaciones y desaires no parecía que diera resultados... Y la vida que llevaba me ponía enfermo... Ya no frecuentábamos los bares: a ella habían dejado de atraerla, y a mí me daba vergüenza mi evidente y absoluto sometimiento... Comprendí que, sólo por mis medios, no podía salir del terrible atolladero en que me hallaba... *(Pausa.)* Un bohemio de mi clase cultiva un buen número de amigos superficiales, de esos que hacen la vida más llevadera, impidiéndonos caer en la misantropía, la constante amenaza de los hombres solos... Elegí a uno de los que habían sido más asiduos, antes de mi forzosa retirada de la circulación... Se caracterizaba por su sensualidad, ya me entienden, que me propuse canalizar en mi beneficio... De entrada, le invité a casa... A comer, a cenar, a todas horas... Incluso alguna vez, habiéndose prolongado la velada, se quedó a dormir... Mi objetivo, lo confieso sin rubor, era traspasarle mi conquista... No de manera clara -ella no se habría avenido bajo ningún concepto-, sino propiciando una situación que madurara por sí misma... Me convertí, con el mayor disimulo, por supuesto, en una especie de alcahuete... Debo mencionar que, a ella, esta compañía en la que tres son multitud no le hacía ninguna gracia, pero la soportaba porque pensaba, no sin razón, aunque por motivos que no podía imaginar, que yo la deseaba... Hice por dejarles solos... Me ausentaba a por tabaco o para efectuar gestiones

imprecisas... A mi regreso -cada vez tardaba un poco más-, los encontraba en idéntica posición a como los había dejado, sentados cada cual a un extremo del sofá o en lados opuestos de la mesa... Creí percibir cierta tensión entre ellos, tensión que iba en aumento... Me froté las manos... El éxito estaba a la vuelta de la esquina: era nada más cuestión de tiempo... Olvido mencionar que ella, en casa, conmigo, vestía con comprensible ligereza, costumbre que quiso cambiar, para peor, quiero decir que más vestida, cuando empezó a venir el amigo a casa... Aquí encontré uno de los obstáculos más formidables a mi plan, pues la infeliz de ningún modo que ría parecer indecorosa frente a quien era en realidad un desconocido... Me devané los sesos para convencerla de lo contrario... El amigo es como si fuera de la familia, le dije... ¡Un hermano...! Ni por ésas... Era miope en grado sumo, añadí, casi ciego, y únicamente por coquetería se privaba de las gafas... Para apoyar mi tesis, conducía al amigo del brazo hasta la mesa, costumbre que él interpretó como medida de afecto... Ella siguió siendo un pilar de decencia... Me alteré... Dije la primera tontería que me pasó por la cabeza: que, entre cuatro paredes, y vestida para salir, aparentaba entrada en carnes, al contrario de lo que sucedía en la calle... Sería un efecto óptico, la iluminación o lo que fuera, insistí, pero... Por increíble que parezca, funcionó... Así son de vulnerables en este tema las mujeres, se lo menciono por si lo pueden aprovechar... Enfocada de esta manera la cuestión, y recurriendo a la virtual ceguera del amigo, circunstancia que de repente pareció plausible, aceptó recibirle en una especie de deshabillé prácticamente transparente que yo le regalé a los efectos... Ello tendría la virtud de convertir al amigo en una bomba a punto de explotar, aunque de momento guardó la compostura... Sé que lo que cuento parece inverosímil, pero les juro que es cierto hasta el menor detalle... Reconozco, sin falsa modestia, mi maestría en combinar el flaco de él, su pasión por las faldas -y con mi estratagema absorbente, lo tenía a dieta-, con el de ella, aquel golpe bajo aludiendo a su gordura... Un día, no tardando mucho, me dieron la sorpresa. . . Parecían avergonzados, como aplastados bajo una inmensa losa... Mi ausencia, esta vez, se había prolongado varias horas, avisándoles, claro, para que pudieran estar a sus anchas... Me tenían que hacer una confidencia, aseguraron... El tema era absolutamente delicado, pero esperaban que yo fuera comprensivo... Estuve a punto de delatarme, pero me contuve... ¡Por fin había ocurrido lo que

con tanto trabajo preparara...! Puse cara de preocupación, fruncí el ceño de la manera que advierten ustedes ahora y me dispuse a escuchar la confesión... Huelga decir que, por dentro, no cabía en mí de gozo... ¡La libertad volvía...! ¡Dispondría de nuevo de mis horas, del último minuto de todas mis jornadas...! ¡Regresaría a los cabarets...! Si bien, en adelante, debería andarme con ojo, para no tropezar por segunda vez en la misma piedra... No les oculto que añoré, por anticipado, la comodidad de que ella me había rodeado, que desaparecería en el instante en que saliera por la puerta en compañía del amigo... Arrojé de mí tal pensamiento... No tenía derecho a interponerme entre ellos, máxime cuando había hecho lo imposible por que cayeran el uno en brazos del otro... Me enternecí, sintiéndome algo así como padre o hermano de los dos... Estas reflexiones pasaron por mi mente en menos de lo que dura un parpadeo... Adelante, invité... Les escuchaba... Habló ella... Había sufrido mucho en silencio... Hasta que apareció el amigo -se miraron-, no encontró el alma gemela a la que poder abrir su corazón... Algo más le había abierto, pensé yo, discúlpenme la grosería... Que no me molestara semejante intimidad, imploró... Balbuceé, insinué que lo entendía... Ella me rogó silencio, poniéndome el índice en los labios... Se atragantó de emoción... Siguió el amigo... Con la autoridad que le daba la amistad, con la máxima franqueza, me rogó, me exigió... Le interrumpí... Por mi parte, no habría ningún problema... Nos abrazamos los tres, muy conmovidos... Se habló de boda: en la iglesia, con música y con flores... ¡Caray!, pensé, les había dado fuerte... Ella acariciaba esta ilusión desde niña... Naturalmente, apoyé, suplicando perdón por mi insensibilidad y mi egoísmo, por no haberme dado cuenta... Ella me miró, llorando a lágrima viva... Me pidieron un favor particular... Concedido de antemano, dije... Teniendo en cuenta la entrega del amigo, su generosidad y el papel que había jugado en la presente relación, nadie sino él podía ser padrino de la boda... (Pausa.) Tardé varios segundos en apreciar el sentido de la frase... De repente comprendí y fue como si me hubiera alcanzado un rayo... La boda proyectada no era otra que la mía... Me desmayé... (Larga pausa. El ACTOR pasea por el escenario. Se lleva la mano a la boca, que le duele.) Al marcharse el amigo, la maté... La estrangulé con mi mejor corbata, que ella me había regalado... ¿Podía haber hecho otra cosa...? Me deshice del cuerpo tirándolo a un barranco... la policía, como es lógico, investigó, concluyendo que

ella desapareciera voluntariamente... Volvería a asomar por cualquier sitio, me dijeron... Eran así las de su clase... El amigo no entendía... Acabó acusándola de pérfida, que se habría deleitado en un juego incomprensible... Hube de ceñirme a mi papel de abandonado, fingiendo una atroz pena... *(Desatado.)* ¡Y ahora tengo que aguantar a este pelmazo y beber hasta perder el sentido...! No hace más que darme la matraca... No se imaginan lo que es esto, noche tras noche... Me he convertido en un alcohólico... Ya no sirvo para nada... Cualquier día, lo mato a él también y que sea lo que Dios quiera... ¡Lo de morder la copa –en ese momento no podía más- ha sido demasiado...!

(TELÓN, mientras vuelve a oírse parcialmente el bolero.)